



# El Eco de Cartagena

AÑO XXXII DECANO DE LA PRENSA LOCAL Núm. 9118

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorete rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 24.

MARTES 22 DE MARZO DE 1892

## LA MADRE ESPAÑOLA

V

Se dirá que no se quieren lecciones de casuistas para no sembrar preocupaciones ni formar conciencias erróneas. Enhorabuena, no se den tales lecciones, pero cultívese la facultad moral, no se la descuide, pues la ilustración intelectual sin la cultura moral es, fue y será siempre deficiente y nos traerá una sentina de crímenes, misterios espantosos, excepticismo glacial, suicidios horripilantes, madres monstruos, el odio a la maternidad y decrecimiento de la población humana, como estamos contemplando en París y en la generalidad de la sociedad francesa.

Admitamos, pues, que la ilustración intelectual, despojada de la cultura psíquica, por árida, anticivilizadora y espantosamente corruptora es inaceptable. Pero afirmamos más, digamos que era inconveniente.

En efecto: la niña carece de cultura femenil, se la desvía de su misión natural.

Con la asiduidad del estudio intelectual y composiciones literarias se la contrae al cálculo, a la historia, geometría, dibujo, ciencias naturales, literatura, etc., etc., en suma a las ocupaciones del hombre. ¿Y qué? cambia acaso con esto su sexo y su misión?

Cada semana se la ocupa una hora, el sábado por la tarde, a la labor propia de la mujer, pero ¿qué es una hora cada 168 horas? No sólo es insuficiente para crear hábitos de mujer en la mujer, sino insuficiente para dejar idea de ellos, porque cuando han abandonado los libros y tomado la labor ya se pasó la hora; las profesoras, nada prácticas, lo hacen sin gusto y entusiasmo y las alumnas, como una hora de trabajo exótico, lo toman con abandono y nada hacen.

De ahí la repulsión en ellas, cuando grandes, a la labor de la mujer, la repulsión al hogar, la repulsión a sus cargas domésticas naturales, su afición a la calle, en una palabra se ería a la mujer contra su modo de ser natural y cuando es mujer y se ve ella misma preparada para hombre y no para mujer, resulta contrariada, desafecta, excéptica, un virago, aburrida de sí misma al verse fuera de su centro, inepta para la cocina, para el hogar, para la labor, para su misión de que no puede despojarse.

Así es que, en general, la madre francesa es intrigante, descocada, voluptuosa; pero no ingeniosa, hacendosa, afectuosa y tierna; no se siente bien entre cuatro paredes y con la sociedad de su familia: el hogar y amor legítimo tienen estrechos límites para su corazón que rebosa ciencia pero no se sació de cultura.

A cada cual, pues, lo que sea suyo, como al César lo que es del César. Así también al hombre désele la ilustración y politecnicismo; a la mujer la ilustración y cultura, si no queremos tener en ella un virago que amargue nuestra vida y desole el recinto sagrado y sublime de nuestros lares, en vez de ser el eter de la vida, el rocío y aroma embalsador de la existencia del hombre, el paño de lágrimas, el ángel, la panacea universal de nuestra infancia.

De esto podemos enorgullecernos los españoles, porque la madre española, es la madre más acabada que pueda anhelarse.

Para todo tiene modas la pícaro sociedad y hasta algunos quisieran reformar con la moda el sistema de la maternidad.

Pero no lo precisamos. ¿Qué es más cariñoso, el cargar los hijos el padre, como en Francia, aunque les vuelgue un brazo, una piernecita, ó los lleve hechos una pelota, ó cargarlos la madre, como en España, cuyos arrullos no cesan y siem-

pre vigilan si la posición del hijo es cómoda y cuidadosa? Qué es más cariñoso, la aridez de un cochecito como en Inglaterra ó el coqueo de la madre española? qué es más cordial, cargarlos como el brazo como un petate a la moda napolitana, ó como un recatado tesoro de amor como hace la madre española? qué es más tierno y afectuoso, la almohadita en el brazo de la inglesa para cargar los hijos ó el calor vivificante del brazo de la madre española?

Serán más cómodas, tal vez, aquellas modas ó costumbres maternales extranjeras, pero mejores son las de la madre española, pues para la maternidad perfecta no existe sacrificio ni anhelo de modas. Abunda y sobra el amor, como en la madre española.

MODESTO MARTI.

(Continuará)

COLABORACIÓN INÉDITA.

## ANTROPOLOGÍA

«El hombre es un arca cerrada» según decían nuestros antepasados.

«El hombre es un libro abierto», para los sabios investigadores de nuestros días y de nuestras noches.

El ilustre doctor y alienista Sr. Giné y Partagás escribió y dió a luz últimamente una novela científica titulada «Misterios de la locura».

Obra notable que revela los vastos conocimientos y la profundidad del doctor en esos estudios.

Es un hermoso libro editado en Barcelona por la casa Henrich y Comp.<sup>ª</sup>, sin duda de las primeras en España.

Repasando los «Misterios de la locura» encontrarán ustedes los retratos fotográficos de varios amigos y de muchas personas conocidas.

Cosas de..... monomanía, particulares, unos demostrados y otros que pasan inadvertidos.

Es muy difícil medir la razón de cada individuo y mucho más difícil asegurar que se halle en el justo grado de la perfección.

No hay aparatos para medir directamente la razón de un sugeto.

De estas deficiencias y de las tolerancias mutuas é interesadas resulta que andan sueltos tantos monomaniacos.....

Como decía un hombre político eminente, de otro, también político y ramos eminentes:

«Es un tonto adulterado por el estudio.»

Así tropezarán ustedes con varios ejemplares de monomaniacos adulterados por el trato social y algunos por la lectura.

La lectura que es el más dañino de todos los vicios, cuando no se digiere lo que se lee.

He visto ejemplares terribles, en hembras y en varones, adulterados por los folletines de algún diario.

Unas aspiraban a ser mujeres «comprometedoras», otras a ser marquesas francesas con acento y rentas y todo.

Unos a ser «bandidos emigrados del Norte de América»: otros a ser perfectos, ingeniosos y perspicaces.

La antropología por lecturas amenas ó «de oído» también ocasiona víctimas por centenares.

Cuando pienso en la vida que llevaba mi pobre amigo Serapio con su esposa y con su criada, me estremezco.

«Son ejemplares dignos de respeto y de inestimable valor—me decía.

Y unas veces andaba con los carrillos como dos calabazas, hinchados a moquete limpio por su estimable esposa.

Y otras veces parecía que empezaba a desteñirse a juzgar por las vetas azules y moradas que lucía en cara y pescuezo.

Su esposa era un modelo de honradez y de fidelidad conyugal.

Su lema era el siguiente:

«Dios, mi esposo y mis derechos.»

Aunque algunas veces, habiendo oído decir que «el orden de los factores no altera el producto», antepusiera «sus derechos» a todo.

Como eso de «dos derechos» es tan vago como que, para muchas personas, parece que excluye las obligaciones, la esposa entendía los suyos con amplitud abusiva.

Exceptuando el de vida é incluyendo el de paliza, todo lo demás, personal, impersonal, mueble é inmueble, dependía de su jurisdicción.

El marido, tanto por no disgustarla en tanto por profundizar más en sus estudios, la toleraba ó la sufría, ó «la palcía» humilde y callado.

Como él me confesaba llorando desesperadamente cuando se le desgració.

«Si me hubiera traído en dote veinte millones de pesetas en los diez años que hemos vivido juntos me hubiera valido a menos de peseta la «bofetá».

«Y sin embargo lloras?»

«Y la lloraré hasta ultratumba.»

«Hasta ultratumba ó hasta «ultrafrenia», como dice el doctor Gidé?»

«Gracias a que un año antes de morir la señora había «tomado en arrendamiento» mi amigo una moza hombruna pero guapa, frescota, alta y fuerte, como hasta de veintin años de edad, y natural de la provincia de Zaragoza.

Digo que gracias, porque en vida del ama había dado algunas muestras de su valor la aragonesa.

Como que un día estuvo a dos dedos de estrangular a la señora.

Pero la había tomado tanto querer, que le pidió perdón, de rodillas, y la señora se ablandó y abrazó a la criada.

Se entendían y se admiraban mutuamente.

Cuando falleció el ama, el viudo dijo a la moza enternecido:

«Seremos dos y uno.»

«Dos cuernos!—replicó la chica—¿qué es eso de dos y uno?»

«Mujer no te irrites—dijo el señorito, procurando tranquilizar a aquel otro ejemplar que le quedaba para continuar sus investigaciones, temeroso de haberla ofendido en su honestidad.

Pero la rectificación de la muchacha, al par que le sorprendió un tanto, le regocijó.

«Dirá usted dos y una—rectificó la aragonesa que yo para quedarme en la casa he de mandar en jefe, y sino ya estoy andando.

Mi amigo admitió gozoso la proposición.

«Yo te respetaré—le dijo.

«Eso es lo de menos—replicó la moza—ya sabré yo hacerte respetar.

«Pero, hombre, cómo consistentes que te trate de esa manera?—le preguntaba yo casi avergonzado, algunas veces que presenciaba escenas afrentosas.

Y él me atajaba temeroso, diciéndeme:

«Que no te diga, por Dios. Es muy buena, es un ángel y poco a poco voy dulcificándola: verás.

Y ella se encargaba de demostrar lo dicho por su amo, tirándole un vaso a la

UN DRAMÁ EN NAPOLES.

209

ECO DE CARTAGENA.

—Desembarcar tranquilamente, y no dar a comprender que tratamos de ocultarnos.—Iba a proponer lo mismo.—Pues entonces vamos a hacerlo.—Pusimos la proa a una ensenada cercana: apenas habíamos tocado en tierra, cuando nos vimos rodeados por un grupo de soldados, que por su actitud poco marcial, y su torpeza en el manejo de las armas, daban a conocer enseguida que eran guardias nacionales.

—¿Quién sois? me preguntó el que mandaba la patrulla.

Mateo me apretó la mano para indicarme que callara, y tomando la palabra dijo: Ilustre capitán, yo soy Mateo Tommaso, criado del Hotel de Inglaterra.—En efecto, dijo uno de los guardias nacionales, es Mateo Tommaso; el hombre más mudo de la creación, pero según parece ha recobrado el uso de la palabra.—Y ese otro que está con él? preguntó el jefe de la patrulla, a quien había agradado el calificativo de gran capitán que le había dado Mateo.—Insigne guerrero, añadió éste, el señor es mi primo; un paisano piemontés a quien estoy enseñando las bellezas de Nápoles.—«Tobiao!» añadió yo, profiriendo la exclamación habitual de los habitantes de Turín, para engañar al que nos preguntaba.—Pues has caecogido un buen momento para llevar a tu primo a pasearse por el golfo, cuando ha estado Nápoles a punto de caer en manos de los Borbones!—Cómo! dijo Mateo, ha estallado una revolución?—Precisamente, pero ha sido venchida, gracias

tamos de adquirir noticias más exactas, y para ello dirigimos nuestra embarcación hacia uno de los pescadores que acababa de repetir el «Cicillo.... Cicillo....» que tanto nos daba que pensar. Apenas comenzamos ese movimiento ofensivo, cuando aquel hombre viendo que nos dirijiamos a él, se apresuró a cedernos el puesto. Tomó sus remos y se alejó todo lo de prisa que pudo, como si hubiésemos sido unos apestados.—He! Mateo, tenéis el cólera? pregunté a mi compañero.—No señor, dijo, pero esos cuchicheos extraordinarios, y esas fugas misteriosas, no me indican nada bueno,—y que le vamos a hacer, repliqué; pero dirijámonos a tierra, porque no tenemos bastantes provisiones para quedarnos aquí.

—Coronel, exclamó Della Porta, que admiraba el valor... en los demás, tenéis la audacia del león!

—Y la prudencia de la serpiente, añadió M. de Mertens riéndose.

Enseguida prosiguió.

Nos encontrábamos en aquel momento por la parte de Pessilipp. Nos pareció que por la orilla vagaban algunas sombras semejantes a las que vio Eneas en los bordes de la laguna Estigia. Buscamos un punto de desembarco más favorable, pero a medida que recorriamos la costa, las sombras nos seguían.—Decididamente, dijo Mateo, estamos vigilados.—Y quizá envueltos, contesté yo, señalando los faroles de las barcas, que se habían aproximado a nosotros.—¿Qué hacemos.

XX.

Della Porta creyó que se trataba de una evocación infernal, y estuvo a punto de pronunciar la fórmula: «Vade retro Satanas!» Pero el coronel Mertens se adelantó sonriendo, y tendió a su verdugo una mano que no olía a azufre; el bandido un poco tranquilizado rogó a M. Mertens que le explicara como se había operado semejante resurrección.

Oh! dijo el coronel, eso no puede interesaros gran cosa. Ya había perdido el conocimiento en aquel árbol de Monte Terminio, al cual había tenido la bondad de colgarme. Por fortuna, Mateo Tommaso que acompañaba a M. de Maugis, me reconoció, así cuando la asfixia me había desfigurado completamente. Mateo se apresuró a cortar la cuerda, y una hora después me encontraba en pie.

—Y entonces, dijo Domenico, os condujo aquí?